

## CAPITULO III.

*De los singulares favores, que recibió Aparicio de los Santos sus Abogados.*



MAS de la comun, con que atendia la religiosidad de Sebastian à todos los Santos, era especialissima su devocion al Apostol Santiago, N. P. S. Francisco, S. Antonio de Padua, y San Diego de Alcalà: al primero por especial Patrono de su Pais nativo Galicia, al segundo por el Instituto, al tercero por haver professado en su dia, y al quarto por la semejanza, assi en las virtudes, como en el estado. A proporcion de su devocion era tambien la confianza, que en ellos tenia, ocurriendo à su patrocinio con la mayor familiaridad, como si estuviessen obligados à hacer quanto su humildad, y simplicidad santa les pedia.

En muchas ocasiones le visitò Santiago, consolandole en sus aflicciones, esforzandolo en sus trabajos, y librandolo del peligro, que dexamos referido en el Capitulo XV. del Libro II. Tambien le favoreciò visiblemente en otras San Antonio, y muchas mas San Diego, con quien era su trato mucho mas familiar.

Siendo de lo mas comun el andar aborto en la contemplacion el Venerable, se le solia caer el Manto

Manto de encima muchas veces, y en ellas lo recogia San Diego, se lo llevaba, y volvia à poner sobre los hombros. Testigo de uno de estos prodigios fuè Blàs Hernandez, quien caminando una ocasion con el Siervo de Dios, haviendo èste perdido el Manto, hechas despues las diligencias mas eficaces por encontrarlo, aunque todas en vano, se retiraron à acostar. Al proseguir su viage al otro dia, quedò espantado Hernandez, viendo que se le presentaba Aparicio con el Manto perdido; y preguntandole de què modo lo huviesse hallado? le respondiò: *S. Diego me lo traxo, y me lo puso debaxo de la cabeza.*

En otra ocasion le hurtaron el mismo; y haviendo intentado dividirlo la persona que lo robò, para aplicarlo à otros usos, se resistiò como si fuesse de fierro à la diligencia de las tixereras: todo lo qual supo Aparicio por boca de San Diego; el qual le revelò tambien hallarse el dicho Manto en Casa de un Indio, donde ocurriò por èl el Venerable; haviendo dexado igualmente admirados, que arrepentidos, assi al Autor del hurto como à los complices, no solo la dureza milagrosa del Sayal; sino la noticia de lo que aun entre los mismos corria con el mayor secreto.

No fuè esta sola vez en la que usò Aparicio de la mayor franqueza en declarar la familiaridad, con que trataba à aquel su amigo. Haviendo llegado à una Hacienda en la Jurisdiccion de Tecamachalco, y entradosè à orar por la noche debaxo de una Carreta, una devota Señora, que ò por curiosidad, ò por compassion se acercò à verlo, lo hallò hincado de rodillas, y sin que pudiesse descubrir otra persona, le oyò, que decia: *Ven acá Diego, no te vayas, ven acá.*



acà. Entonces manifestandosele la muger, le preguntò ¿con quien hablaba? A la que respondió mui risueño: *Estaba aqui mi Amigo San Diego, y le rogaba, que trocásemos los Rosarios.*

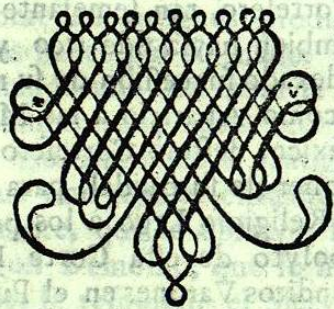
Afligida Constanza Diaz por carecer del fruto del matrimonio, del que creia depender la paz de su Casa, y buena harmonia con su Marido, suplicò al Venerable interpusiese sus súplicas para con Dios, à fin de que le concediese la successión deseada. Prometiòle el Santo Viejo, que lo haria. Mas desconfiada aquella de que se huviesse olvidado de cumplirle la promessa, le repetia sus instancias, hasta que desengañandola el Venerable, le dixo: *Mirad, ya se lo he dicho à Diego, y me dixo, que no os conviene tener hijos, y no los haveis de tener.* Y assi se verificò, sin embargo de haver estado casada despues de este suceso por el espacio de treinta años; bien que con la ventaja de haver restituido el mismo desengaño la paz, y charidad, en que prosiguieron viviendo todo aquel tiempo los hasta entonces, indispuestos casados, por mérito sin duda de las mismas oraciones de Aparicio.

La última prueba, que tenemos de aquella su familiaridad amigable, es la que nos dexò veinte dias antes de su muerte, en que hablando con San Diego, se oyò que le decia: *San Diego, presto os irè à tener compañía.*

Pero aun parece por las demostraciones, que mas que la de aquel como de Hermano, fuè cordialissima la correspondencia entre N. S. P. S. Francisco, y Aparicio, al fin como de Padre para con un Hijo tan imitador de su espíritu. Desde su Noviciado comenzò à favorecerle con la especialidad, que

vimos

vimos en el Capitulo XI. del Libro I. continuando despues à visitarlo, y asistirle visiblemente en sus trabajos; ya trayendole el Manto perdido; ya guardandole los Bueyes, y Carretas; y y ya ayudandole à cargarlas del modo, que declaró el mismo Siervo de Dios à Blàs Hernandez; quien admirado de verle conducir muchas veces dos de las mismas, tiradas cada una de ellas de ocho, ò diez Bueyes, le preguntò, ¿como le era possible manejarse en los lances, que regularmente acaecen en aquel exercicio? à que respondió: *Que N. P. S. Francisco le ayudaba.* Y repitiendo aquel à preguntarle, ¿que en què forma? Le satisfizo el Venerable, diciendole: *Que andaba Nuestro Padre en su compañía en figura de Frayle como èl; que le guardaba los Bueyes, se los traia, y ayudaba à uncir, y desenguartar, à arrear, y llevar las Carretas, y en todas las demás necesidades, que se le ofrecian.* Haviendo completado su paternal atencion con la fineza de repetirle personalmente sus visitas los quatro últimos dias, que precedieron à su preciosa muerte.



U

CAPI-



## CAPITULO IV.

*Del don de Prophecia, y como penetró los secretos del corazon el Siervo de Dios Aparicio.*



**N**TRE otros admirables dones, con que quiso adornar el Altísimo à su fidelísimo Siervo Sebastian, fuè uno el de la Prophecia, que hizo de lo mas recomendable su santidad, y de que diò este singulares pruebas, siempre con aquel espíritu de charidad, con que atendia à sus proximos, algunas de las quales referirèmos en los casos siguientes.

Al tiempo, que en nuestro Convento de la Puebla el Venerable Aparicio, florecia en el de N. P. Santo Domingo de la misma Ciudad el Venerable Fr. Fernando Cortesero, tan semejante à nuestro Sebastian, que tambien havia sido rico, y casado; bien que habiendo dexado succession de su matrimonio en el siglo: y assi como Aparicio à las Monjas de Santa Clara de México, destinò Cortesero el quinto, de que podia disponer de su caudal, para tomar el estado humilde de Religioso Lego, à los pobres del Hospital de S. Hipolyto de esta Cortè. Encontraronse pues los dos benditos Varones en el Pueblo de Acazincó, y sin que jamás se huviesfen visto corporal-

mente,

mente, se conocieron en espíritu. Y despues de haberse saludado por sus nombres, y abrazado amorosísimamente, dixo Aparicio al Venerable Cortesero: *Que se alentasse mucho en el servicio de Dios; porque le hacia saber, que havia de ser mui honrado en su muerte, y que havia gran concurso de gente, que con devocion acudiria à su entierro, y haria grande estimacion de sus Reliquias, por las muchas maravillas, que Dios havia de obrar con ellas. Como efectivamente sucedió.*

Havia otro Religioso Lego en cierto Convento de la referida Ciudad de la Puebla de exemplar vida, y por cuyos méritos havia hecho Dios muchos milagros. Los Prelados, que conocieron su singular virtud, intentaron hacerlo de corona. Llegò el caso à noticia de Aparicio; y entendiendo ser del desagrado de Dios la mutacion de estado, habiendose encontrado con èl, antes que se efectuasse, le dixo: *¡Ha Hermano, que buen camino llevais! No os apartèis de èl, que serà con peligro; porque las honras son buenas en el Cielo, y no acá. Desentendiòse aquel del consejo; mas lo mismo fuè abrirse la corona, que entibiarse en la práctica de las virtudes, y dexar de obrar los antiguos prodigios, que acostumbraba Dios hacer por su mano.*

Caminando una vez para la misma Ciudad, divisò à un hombre, que venia àcia èl à Caballo, y luego que le viò, comenzò à santiguarse, manifestando mas que una regular estrañez, un grande espanto. El hombre, que lo observò, le preguntò, *¿si veia acaso algun Demonio, que se hacia cruces; Si veo, Hermano, le respondiò el Siervo de Dios, que lo trabeis à las ancas de vuestro Caballo: andad,*



*volvios à la Religion de donde salisteis, ò entrad en otra à hacer penitencia de vuestros pecados, porque de no hacerlo assi, no parareis en bien.* Confessó luego el Sugeto la verdad de haver dexado el Hábito religioso, como lo havia declarado el Venerable; pero despreciando su amenaza, prosiguió en su vida descuidada; y habiendo salido un dia à divertirse en la caza, queriendo sacar un Conejo de una Cueva, en que se havia metido, cayò sobre èl una grande peña, que lo dexò entre sus ruinas miserablemente sepultado.

Hablando en otra ocasion con Blàs Hernandez, y Francisco Nuñez, les dixo, dando muestras de la mayor compassion: *Fulano* (y expressó el nombre del Sugeto) *me ha hurtado dos Carretas de leña, que tenía yo cortadas para mi Convento de San Francisco de la Puebla; y le tengo harta lástima, porque lo ha de matar un rayo.* Y no pasó mucho tiempo sin que sucedisse, como lo tenía predicho el Venerable.

Quando solian burlarse de èl algunos, ò decirle algunas chocarrerias, les respondia el Santo Viejo con gran paz: *Deo gratias, adelante lo veréis;* y si la persona vivia mal, añadia: *Deo gratias, mirad que vais agua abaxo.* Assi lo havia executado varias ocasiones con un vicioso, procurando apartarle de cierta mala amistad, en que vivia; hasta que viendo, que despreciaba los avisos, que le repetia el Cielo por su boca, le huvo de decir: *Deo gratias, vos prenda rematada, negligente para las cosas de Dios; mas adelante lo veréis.* Prosiguió aquel sin embargo de esta última reconvencion en su pecado; en castigo del qual le quitò Dios la vida re-  
pen-

pentinamente en un monte, donde fuè pasto de los Lobos su desgraciado cuerpo.

Haviendose casado la hija de un Labrador amigo del Venerable, dentro de breve tiempo de celebrado su matrimonio, enfermò, y de un accidente mortal. El Labrador, que tenía el debido concepto de la virtud de Aparicio, le suplicò encomendasse à Dios à su hija, y para consuelo fuyo la visitasse. Hizo uno, y otro el Santo Hombre; y concluido, le dixo: *Esta niña tiene hecha alguna promessa à Dios; y porque no la ha cumplido, morirà sin remedio.* Verificòse todo como lo dixo el Siervo de Dios; porque dentro de dos días muriò la enferma, y despues de muerta se supo, que teniendo hecho voto de ser Religiosa, la havia violentado su Padre à que se casasse.

Salieron à deshora de la noche dos Labradores à registrar los sembrados de una Hazienda, en que havia parado el Venerable, y encontrando à èste arrimado à sus Carretas, habiendo advertido, que se estaba riendo, le preguntaron el motivo; à que respondió con gran sinceridad: *Me rio de una Vieja, que ha muerto en la Puebla, y embiò à nuestro Convento, que le dixessen al Padre Aparicio, que la encomendara à Dios, y que volvía à repetir: Hay està Fr. Sebastian de Aparicio encerrado en el Convento.* Quedaron confusos por entonces los dichos Labradores; mas al otro dia no cessaban de alabar à la Divina Magestad, habiendo llegado à la misma Hazienda otro Religioso, que les assegurò haver sucedido el caso segun que el mismo Aparicio lo havia referido.

Afligida Doña Augustina de Vera al verse  
tan



tan pobre, que no le era possible vestir quatro hijos, que tenia, comunicò al Venerable su afliccion, el qual la consolò, diciendole: *No os afijais, que de los quatro hijos, que teneis, dareis dos à Dios, y con esso tendreis menos que vestir.* Dándole al mismo tiempo con la noticia un Hábito viejo, para que vistiese (despues de verificada la muerte de un niño, y una niña) à los dos que quedaron.

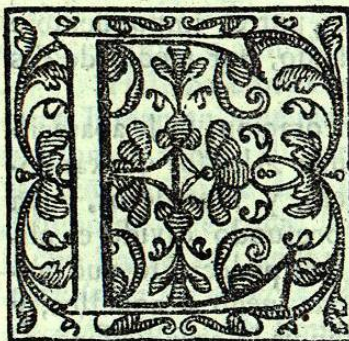
Hallandose Sebastian de Pliego tan gravemente accidentado, que en su concepto era su muerte inevitable; lo fuè à visitar el Venerable Aparicio; y haviendole dado à entender el afligido enfermo las pocas esperanzas, que tenia de su vida, lo consolò aquel, diciendole: *No tengais pena, que no haveis de morir de esta enfermedad.* Verificando el pronóstico el haverse levantado este dentro de breves dias bueno, y sano.

Omitense otros muchos casos de esta materia, y darèmos fin al Capitulo con uno de lo mas prodigioso meditadas atentamente sus circunstancias. Haviendo llegado el Siervo de Dios à Casa del Licenciado Hernando Diaz, Clerigo Presbytero vecino de la Ciudad de la Puebla, y bienhechor de la Orden, con los zapatos (de que usaba por sus graves, y continuas enfermedades) demasadamente rotos, hizo la piedad de este, que se le proveyesse en su misma Casa de otros buenos. Pusoselos en efecto el Venerable; y mandando el Sacerdote, que arrojasen los viejos, añadió aquel: *No los arrojen mui lexos, que algun dia los buscaràn, y seràn de provecho.* No penetraron por entonces el todo de la verdad de la expressiõ; mas haviendo comenzado Dios à obrar, luego que murió aquel su Siervo, los prodigios, que

à su tiempo diremos, acordandose de lo acaecido en aquel lance, buscaron los desechados zaparos, y encontrados, los apreciaron, y repartieron sus pedazos como Reliquias, con los que hizo el Altissimo muchos milagros.

## CAPITULO V.

*Manifestasele à Aparicio el estado de muchas almas de la otra vida.*



ESTA manifestacion, y cierta noticia es uno de aquellos favores especiales, con que suele distinguir el Altissimo à sus fieles Siervos; y como tal quiso que fuese tambien privilegio de la santidad de Aparicio.

Volviendo este una vez del Monte de Tlaxcala, se le apareció en el camino un Compadre suyo, que ya hacia tiempo, que havia muerto. Y haviendole preguntado el Venerable, si era en la realidad el que le parecia? y respondidole aquel, que si, repitió à preguntarle: *Pues siendo muerto tantos años ha, ¿como os han dexado venir por acá ahora?* A que satisfizo el difunto, diciendole: *que venia à pedirle por amor de Dios hiciesse se executassen ciertas disposiciones suyas testamentarias, que su muger no havia cumplido; lo que era causa de que estu-*  
viese



viessse padeciendo atrocísimas penas. Dióle palabra: el Siervo de Dios de que así lo haría; mas antes que se despediese, le dixo: *T no me diréis, Compadre, que es lo que se passa por allá?* A que respondió: *Que eran indecibles los tormentos de los que no amaban à Dios de todo corazon en esta vida.* Y infiriendo Aparicio en que le diessse de ello alguna señal, aunque ligera, volviendo aquel la espalda, vió, que como que se huviesse convertido instantaneamente en un horno encendido, arrojaba de sí por todas partes llamas del mas activo fuego. Haviendo en fin cumplido la descuidada muger las dichas mandas en virtud de la agencia del Venerable, volvió el Compadre à darle las gracias, por el imponderable beneficio de hallarse ya gozando, por medio de sus buenos oficios, de la gloria.

Estando una noche en oracion, se le apareció tambien la alma de un tal Juan Alonso, quexandose igualmente de sus Albaceas, y Herederos, cuya codicia havia puesto en un profundo olvido el alivio de las gravísimas penas que padecía; lo que movió al Siervo de Dios à ocurrir luego à aquellos, y procurar con la mas viva instancia le atendiesen, como hicieron, con los necesarios, y debidos sufragios.

Haviendo hecho mansion otra noche en el campo cerca del Pueblo de Nativitas de Tlaxcala, la mañana siguiente le dixo à un passagero, que lo encontró en dicho parage: *Esta noche murió mi amigo el P. Fr. Ambrosio.* Y preguntandole aquel, como lo sabia? respondió: *Porque passó por aqui à despedirse.* Aun no havia seguido su viage el dicho passagero, quando llegó otro Religioso Lego, que iba al Convento de la Puebla, y refiriendo como novedad

dad la noticia de la misma muerte acaecida la antecedente noche, confirmó la verdad de la que ya el Venerable tenia dada.

En otra ocasion, hallandose en la Hazienda de Francisco Roldan, lo encontró el Mayordomo de ella sentado debaxo de un Portalillo, dos horas antes de amanecer; y haviendole preguntado este, ¿que hacia alli tan de mañana? le respondió Aparicio: *Estoy rezando por un Frayle Lego amigo mio, Hortelano del Convento de Tlaxcala, que ha muerto.* Repitió à preguntarle, ¿que quien se lo havia dicho? à que respondió solamente: *To lo sé:* y dexandolo en su oracion el Mayordomo, movido de la curiosidad se partió à Tlaxcala, donde llegó dentro de seis, ó siete horas, y asistió à las exéquias del difunto.

Y Hallabase próximo à su muerte el P. Fr. Francisco Liman en nuestro Convento de la Puebla, en ocasion en que se disponia el Venerable para ir à cortar leña al Monte de Tlaxcala; y reconviniendole un Religioso, ¿que como se iba, estando para espirar el dicho Padre? respondió: *To voy à hacer lo que me manda la obediencia al Monte: desde alli verè ir su alma al Cielo.* Empeñó con efecto su caminata, y el moribundo no espiró hasta de alli à cerca de cinco horas, tiempo bastante para que se pudiesse verificar el feliz prognóstico.

Haviendo muerto en México Doña Francisca Mantique de Zuñiga, hija del Marqués de Villa-Mantique Virrey de este Reyno, à tiempo que se hallaba el Venerable en el citado Pueblo de Nativitas, veinte leguas distante de esta Capital, vió subir su alma al Cielo, acompañada de numerosa multitud de Angeles, en aquella misma hora, en que espiró la noble



ble Doncella. Llegò que amaneciò, se partiò de aquel Lugar para el de Cholula; y entrando en el Convento, sin poder contener el júbilo, participò à muchos de sus Religiosos la dicha noticia, que dentro de dos dias confirmaron muchos, que llegaron de èsta à aquella Ciudad, y certificaron haver muerto la Señora el dia, y hora, que el Venerable Siervo de Dios havia publicado.

Una, entre otras, de las muchas ocasiones, en que como hemos dicho, solia parar en la Hacienda de Blàs Hernandez, llegandose à la puerta de la habitacion, assi de èste, como de un Hermano suyo, à las quatro de la mañana, les dixo: *A noche à las once murió en Cholula un Religioso* (y lo mentò por su proprio nombre, aunque el testigo, que jurò la verdad del suceso no se acordaba de èl) Y preguntandole, que como lo sabia? respondió: *Porque passò por aqui acompañado de Angeles, y se subió al Cielo.* Llegò despues otro Religioso Limosnero, y examinado acerca del caso, assegurò ser cierta, assi la muerte, como la hora, à que se havia hallado el mismo presente. Con esta confirmacion se fueron luego à arrojar à los pies del Venerable, para besarlos los dos assombrados Hermanos; mas el humilde Siervo de Dios, despues de haverlos reprehendido por la demonstracion, se salió huyendo.

El caso que se sigue consta por deposicion del mismo Venerable, hecha à Alonso de Cárdenas, al que refirió con santa simplicidad, y llaneza: Que havindole ordenado la obediencia fuesse à velar una noche à un Religioso moribundo, y espirado èste en su presencia, viò que se abrian los Cielos, y entraba en ellos su alma acompañada de Angeles, que iban

cantando hymnos al Altíssimo. Quando llegò à este passage el Siervo de Dios (afirmò el citado Cárdenas) se quedò un rato absorto; y prosiguiò despues diciendo: *Entonces salí de la Celda, y dando voces fui à golpear à la del Guardian, y le dixe: Hermano Guardian, vengan todos, vengan todos, vean esos Cielos abiertos, essa música celestial, por hay vâ, por hay vâ.* Y diciendo esto se volviò à quedar transportado en contemplacion de lo que referia, y de nuevo se le representaba.

De estas manifestaciones de almas bienaventuradas se aseguran hasta ocho en los ya citados Processos; pero tuvimos por suficiente para la veneracion de los Lectores el indicar precissamente las referidas.

